

LA FIESTA NACIONAL :-:

LA CORRIDA DEL DOMINGO

El divino calvo o el ave Fénix

¡Cantó el Gallo!

El blanco amocubre al miedo; ante el Gallo al redondo, y con su gracia y denuedo de un quicheo se hizo con él y le dió la vuelta al ruedo. ¡Las cosas de Rafael!

Como en sus mejores días, cantó el Gallo el domingo en la plaza de Madrid.

¡Kikeriki! ¡Ave del Paraíso! le llamaban hoy las hiperbólicas exaltaciones de «aquella» «Don Pío», al «Don Pío», aparte el cansancio de estas cosas que ya le va agobiando, pudiera insistir al que fué un torero en los lejanos días batallones, en el olvido de la rauda y deseguada carrera de las horas, que no tiene paso atrás.

¡Mas, ¡para qué le acata se detiene en buscar al dolor nuevo argumental? Basta ejemplo mismo, hasta el presente, que aún se ve el mismo aquí, por ve la farsa!

¿Por qué no aceptar la dulce creencia del paso atrás de las horas que el fascinante Rafael nos brinda? ¿No realiza el Gallo, José no coqueta, el milagro de parar el tiempo y colocar su reloj, si lo tiene, en la hora que le dá la farsónica gana? Todo en el mundo es cuestión de voluntad y de poder imaginativo. Y es un ejemplo para muy meditado, lejos de la frivolidad y ligereza de una revista turina, el que nos ofrece este hombre singular, que tiene la tenacidad de sobrevivir. Y lo logra.

¡Las cosas que se han dicho a propósito de la vuelta de Rafael al ruedo de sus genialidades!

Los más piadosos lo colocaron compasivamente entre los orates: era un caso de manicomio. Otros, más agrios, hablaron de su insaciable codicia; era el que un día calificó con envidiable acierto el colorista Barbado de «avariento manirroto». Y no faltó quien, viendo a Rafael rodeado a toda hora y seguido a todas partes de una numerosa corte, le supusiese víctima de la amistad codiciosa, para la cual iba, débil y abúllico, rodando de plaza en plaza regando, descuidado y generoso, de duros su camino para seguir viviendo en la misma estrechez y acongojado «a dos velas» de sus malos días. Y de los buenos.

No conocen a Rafael los que así hablan. Ni loco, ni avariento, ni víctima, ni abúllico. Cuerto, y muy cuerto, es, sencillamente, un hombre. Un hombre que aprendió con lágrimas los dolores del vencimiento y las ansias del no ser nada, que luego fué mucho, se vió en la cumbre, lo fué todo, y que ahora no se resigna a la soledad y la obscuridad del haber sido.

No son los billetes, los cortijos, el automóvil, los caballos, ni siquiera el cortejo femenino ofreciéndose deseoso de que le roce la gloria, los que venen el miedo a los cuernos; el mantenedor del toro, el que hace el torero es ese dedo admirativo que apunta al héroe taurino, señalándolo a la admiración universal:

—¡Ahí va el Fúano! El día que ese «delto» se encoge, se cierra la mano y las miradas se distraen indiferentes, es el día más amargo de la vida del torero. Si ellos lo supieran, ninguno se cortaría la coleta.

¿Vais comprendiendo? Rafael pasó «en vida» estas dolorosas amarguras de la indiferencia general, peor mil veces que el desprecio y aun el desdén, que suponen, al menos, el conocimiento de la existencia de la persona, en aquellos agrios días en que todas sus amistades se reducían a un criado de su padre, y, según la conocida frase, todo su partido ca-



R. Mauri

Caída al descubierto en el cuarto toro

bla, con el obeso cronista que suscribe, en una berlina de punto.

Era lógico suponer que Rafael no podría sufrirlas otra vez.

Nadie, fuera de Joselito, que fraternalmente dispuso las retiradas para constituir a Rafael un capital con que atender a sus alegrías de fuera de casa, ya que lo de dentro era cosa del hermano con quien iba a vivir, creyó en la posibilidad de aquel alejamiento. Todos despedimos a Rafael diciéndole: «Hasta luego.»

La venenosa adulación llamó tantas veces a Rafael «rey del torero» y «rey gitano», que el Gallo sintió la realza..., y lo mismo que resistió con su apatía, con su indiferencia, acaso con su desdén en la plaza a compartir el trono del torero con su hermano, se resistió y se rebela contra el destronamiento, y un día vuelve a la plaza de toros de Madrid, se alza frente a un bravísimo Veragua y se torona otra vez. «¡Gallo, rex!»

Desde que se fué de aquí, sólo en volver meditó.

Se cortó la coleta; pero no se resignó con la soledad. «Los dineros» de las despedidas volaron entre las alegrías, cante, rasgueo de guitarras y vino... ¡El, que no había sido bebedor, ni juerguista, y tiene un oído, que, no digo yo la «Farruca», ni la Marcha real es capaz de tararear!

—¿Qué hace el Gallo?
—De juerga.

Los hechos tienen mucho más que su apariencia. Aquello no era juerga, sino horror a la soledad. El «monarca» no se resignaba al olvido nostálgico y se rodaba de su pequeña corte, pensando siempre en la restauración.

¿Cómo vivir entre la indiferencia de las gentes; cómo pasar por la calle, uno más entre tantos transeúntes ignorados, sin que

el «dedito» aquel lo destacase del montón, elevándole a la admiración de todos?

—Ahí va el Gallo.

¿No recordáis aquel su adelantarse, con su pausado contoneo, al grupo que siempre le



R. Mauri

Rafael, en una salida en falso, adornándose acompañaba cuando llegaban a los lugares de mayor concurrencia? ¿Y su estancia en el café Inglés, frente a la ventana, las mañanas de corrida, rodeado de gente y recibiendo gente, como un rey de teatro en la escena de la audiencia? ¿Pues y aquel largo elegir el puro que se iba a fumar en el estanco del casinillo del Camisero, hasta que la calle de Alcalá se llenaba de gente?

No os paréis a censurarlo, espíritus superficiales. Sin esta vanidad no habría toro. Probablemente no habría nada. Pensad en los toreros que se han apagado desde que dejaron apagar en ellos la vanidad del lucimiento, y comprenderéis y aun aplaudiréis al del Gallo, que tan gran tarde acaba de proporcionaros.

A Rafael no le faltaba nada. Podía ser la suya una vida burguesa, tranquila, ahíta, monótona. Pero Rafael no puede vivir sin corona. Y tora para pagarse el gusto de llevarla. Aquí, entre palmas; allá, entre denuestos y parejas de la Guardia civil. Como antes. Mas ¿qué importa? Realiza su gusto; vuelve a ser; se sobrevive.

—¿Ha visto usted? Rafael lleva por suyo medio slipin; ocupa con sus amigos toda la fonda. ¿Así cómo va a tener un real? ¿Para quién tora este hombre, paradoja con coleta, contradicción viviente?

Alto ahí. En lo del real, ni a usted ni a mí nos va ni nos viene. Y en cuanto a lo otro, ni paradoja ni contradicción. Lógica pura. Nadie va con él. Es el Gallo, que no puede vivir solo quien lleva su corte.

—¡Oh, Rafael!
—¿Qué grande eres, Rafael!
—Eres único!

Y Rafael sonreí gozoso, feliz. ¡Vive! Haber sido todo y luego no ser nada... ¡No, no! Antes que oscurecerse, arrimarse al toro. Y vino a Madrid, y se arrimó como en sus mejores tiempos.

¿Qué dice usted, que la seriedad del toro, que la formalidad del cartel de la retirada? Ta, ta, ta.

Antes de abrirse la puerta de toreros, el público contesta a todo eso llenando la plaza en corrida extraordinaria, para que no cupiese duda, y luego, cuando se abrió la puerta y el traspunte dió la salida al Gallo, una estruendosa, cariñosísima y unánime ovación saludó

la vuelta del torero de las genialidades, mientras en la andanada de la música sonaba el pasodoble del Gallo con nuevo brio, a nuevo, como si le acabasen de componer. Tres veces se repitió la ovación animadora al cambiar los capotes y durante los preliminares. Era el saludo del pueblo.

—¡A ver si quieres, Rafael!

Porque en verdad, en verdad os digo que estamos tan empachados de monotonía, que las desigualdades del más desigual de los toreros nos ofrecen un refrigerante alivio. No hay lucha; no hay interés; todo el mundo se ha dado por vencido. Rafael siquiera sabe estar mal.

—Diviértelos, Rafael—pedían ansiosamente aquellas palmas—. Como sea, pero diviértelos.

—Pídale usted a Dios—dijo Rafael por la mañana a un amigo—que me embista bien un toro, que como me embista bien se van ustedes a emborrachar de gusto.

—¿Y si te embiste mal?

—Entonse, pídale usted a Dios que no me maten.

Nos emborrachó de alegría, esta es la verdad. Le embistió bien el toro, y Rafael, «a caballo en el celaje», como entonces le decíamos, rememoró sus mejores tardes.

Fué el Gallo, gracioso, gitano, torero artista de cualquiera de sus grandes días que «queráis ustedes» recordar.

Otra vez, como tantas, se detiene la pluma, impotente, a la hora de referirlo, porque no hay colores que lo pinten. El Gallo sólo se concibe viéndolo. Yo declaro que si no hubiese ido ayer a la plaza y alguien me contase exactamente lo que ocurrió, no lo hubiese creído.

¿Lo digo? Pues como torero ha sido esta tarde más completa de Rafael.

No le faltó más que matar—porque algunas veces Rafael ha matado clásico y chileno—Matar como aquella tarde, de Veragua también, en que, puesto entre dos estocadistas, un guasón del Cosgresillo le apostó a Echevarría.

—La cena y dos barreras para la corrida del domingo a que el que da la estocada mañana es el Gallo?

Julianón soltó una de sus más estentóreas carcajadas.

—Y, si quiere usted, la plaza también va apostada.

Y a la otra tarde decía: —Ya tuve suerte que la plaza no me apostase, que me quedaría también sin ella.

Pero, si no mató como entonces, toró ahora Rafael como nunca.

Verónicas, navarras, faroles y, sobre todo, largas, ese lance cuyo secreto parece que iba a llevarse y que los demás tienen olvidado. ¡Qué variedad de quites en una tarde en que la bravura de los tres toros bravos dió ocasión a tantos!

Ni una sola vez se repitió Rafael, con haber entrado tantas a librar, y todas, lo mismo con una mano que lanzando con las dos, puso tanta sal, tanta gitanería, tanto andalucismo en ellos, que la gente aplaudía, reía y gozaba jubhosa, sin cansancio. Fué aquello grande por la grandeza que en ello puso Rafael; pero nos agradó aún más por el hartazgo que nos das de monotonía en esta hora, y del que no me explico cómo se deja contagiarse Joselito con todos sus recursos.

Gran cosa es la media verónica belmontina, la vez y el año que Belmonte se decide a darla; pero, señores el «belmontinismo» toreril—que no es lo mismo que el belmontismo aficionado—nos ha «chafado» los quites. Todos van por un camino.

En cambio, con el Gallo, ¡qué variedad! Parecía como si descubriésemos una cosa nueva. Este fué uno de sus grandes triunfos del domingo: mantener el interés y la novedad constante en una corrida en que su actividad y resistencia fué puesta a prueba. Y, para que hubiese de todo, hubo entre los quites alguno de oportunidad y valentía, tenido que rematar a cuerpo limpio, de los de la clase de Mazzantini y Vicente Pastor. No hay que decir cuántas y cómo fueron las ovaciones, porque la tarde del domingo fué una ovación seguida para el Gallo, desde que salió a pasear hasta que se lo llevaron por la puerta grande.

El otro triunfo lo obtuvo con su segundo toro, que estaba para él un poco fuerte y calamocheaba. En otro tiempo el Gallo hubiera huido y saltado qué sé yo las veces la barrera.

—¿No me la pones allí?—le decía cierta vez a «Don Modesto». Pues yo creo que no será para que haga ejercicios en el alambre.

Pero esta vez el hombre, a tono con las circunstancias, no quiso huir, aguantó mecha, sin perder la cara al toro, y procuró ahorrarse la cabecita loca con esos pases que él solo emplea para arreglarse los toros, para torrearlos. Acaso el público no hubiera llevado a mal que Rafael hiciese alguna de las suyas, por el gusto de verle de todos modos; pero le agradeció que se mantuviese en el bueno.

Pero donde Rafael volvió más alto fué en el primer toro, bravísimo ejemplar de Veragua, bravo y codicioso para los piqueros y bravo y noble para los infantes, hasta que dijo ¡adiós! al Gallo, agradecidísimo al magnífico trato que le dió.

Allí resurgió el Rafael del 15 de Mayo y del 5 de Octubre. Qué inmensidad de muleta. Comenzó por su gitano pase de la muerte, con el que tanto llamamos rabiar a los bombistas.

—El que lo intente, muere.

—¡Qué susto! ¡Agua!

Y siguió con un natural bueno, ligado con otro mejor, que ligó con otro superlativo, enorme, incommensurable, con un temple exquisito, con una gracia rafaquina, con aquella «salsa a la supreme» con que el patriarca «So-



R. Mauri

Pase de la muerte, con que Rafael dió principio la faena de su primer toro



R. Mauri

Soberbia serpentina de Rafael en el primer toro, con que se ganó la primera ovación de la tarde

